

las mandrágoras de mi hijo?» Dijo Raquel: «Duerma contigo esta noche por las mandrágoras de tu hijo.»

Y cuando volvía Jacob al anoecer del campo, salióle Lia al encuentro y le dijo: «Conmigo has de estar, porque yo he comprado este derecho por las mandrágoras de mi hijo.» Y durmió con ella aquella noche.

Y oyó el Señor sus ruegos; y concibió y parió el quinto hijo.

Y dijo Lia: «Dios me ha dado el galardón, porque di mi sierva á mi marido.» Y llamó su nombre Isacar (hombre de la recompensa).

Acordándose también el Señor de Raquel, oyóla é hizola fecunda.

La cual concibió y parió un hijo, diciendo: «Quitó Dios mi aprobio.»

Y llamó su nombre Josef, diciendo: «Añádame el Señor otro hijo.»

Y luego que nació Josef dijo Jacob á su suegro: «Déjame volver á mi patria y á mi tierra.

» Dame mis mujeres y mis hijos, por los cuales te he servido, para que me vaya.»

Tales son, señor abate, las costumbres de esos patriarcas en quienes el espíritu de Dios está siempre presente, que vos presentais como ejemplo y de los que os valeis como poderosísimo argumento contra la reforma que solicitamos, so pretexto de que esta reforma corromperia el matrimonio, que debe continuar eternamente tal como Dios lo estableció al principio: sociedad indisoluble.

Ahora bien; él lo estableció, si se ha de dar cré-

dito á vuestro libro sagrado, tal como acabo de reseñarlo.

Y que no se arguya posibilidad de error ó equivocacion; no hay teólogo ni exegeta que pueda interpretar en otro sentido textos tan precisos y que vos teneis por divinos.

La alianza de Dios con Abraham y sus descendientes es completa, tan completa, que al ir á destruir á Sodoma y Gomorra, Dios se pregunta si ocultará esta resolucion á Abraham; tan empeñado está con él y tanto derecho tiene Abraham por su obediencia y virtud, á todos los pensamientos de Dios.

Y dijo el Señor: «¿Pues qué, podré encubrir á Abraham lo que voy á hacer?...

» Porque sé que mandará á su casa y á sus hijos despues de sí que guarden el camino del Señor, y hagan juicio y justicia.»

La alianza es, pues, completa entre el Eterno y el patriarca adúltero, polígamo y mediador.

¿Cuál va á ser el signo eterno de esta eterna alianza?

La Biblia nos lo dice también:

«Este es mi pacto, que guardareis entre mi y vosotros y su posteridad despues de tí. Todo varon de entre vosotros será circuncidado.»

Ved ahí el signo que nos falta hoy.

Y aquí me detengo, porque el día en que Dios celebró este contrato con Abraham, entró en detalles que no puedo imprimir (Génesis, cap. xvii, versículo 2).

¿Qué prueba cuanto acabo de decir, señor abate?

Nada, absolutamente nada, por la sencilla razon de que mi buena fé no sabia invocar contra vos los textos á los que manifestais tanto respeto y confianza, y de los que yo no creo una palabra.

No creo, nunca he creído, jamás creeré que el verdadero Dios, aquel que hasta nueva orden, y segun la opinion de los mas grandes génios, creó los mundos, el universo, el infinito; aquel que ha hecho que la tierra gire, que una mosca vuele y que un hombre piense; nunca creeré que este Dios haya hablado á Adan, á Noé, á Abraham, á Isaac y á Jacob, como lo narra el libro de los libros, y sobre todo para decirles lo que les dice.

A creer yo esto, ¿por qué no habria de creer tambien que Numa oyó la voz de una ninfa, Sócrates la voz de un demonio, Mahoma la voz de un ángel, María Alacoque la voz de Jesús y Bernadetta la voz de la Virgen?

No empequeñeceré el Dios en quien creo, dando fé á tales leyendas en las que podeis estar bien convencido, señor abate, que nadie cree hoy ya, á no ser aquellos en quienes una educacion particular ha exaltado ciertas disposiciones ó cuya vida, transportada por un gran esfuerzo, como acontece en los sacerdotes sinceros, fuera de la naturaleza, acaba por familiarizarse con lo sobrenatural.

Si no contara yo, para defender lo que llamais nuestra inmoralidad, sino con las inmoralidades consagradas del Génesis, tened por seguro que me abstendria.

No vamos, pues, como niños ó casuistas, á argüir sobre textos que sabemos tan desprovistos de autenticidad como impregnados de grandeza, de poesía y de una oportunidad local que puede extenderse á veces á las mas amplias proporciones, á las mas altas necesidades del alma humana.

El que escribió los libros de que hablamos, y que no son mas que el código de un pueblo particular que se declara pueblo elegido de Dios, no llevó mas mira que la de hacer conocer á este pueblo, en el que contaba absorber poco á poco todos los demás, los medios de ocupar esta tierra y de emplear esta vida á la mayor ventaja del hombre, á la vez que á la mayor satisfaccion del Dios que habia hecho la vida, la tierra y el hombre tales como los veia.

Sucediéndose unos á otros los directores de pueblos, los fundadores de sociedades, al par que aumentando la obra de sus predecesores, hánse colocado siempre enfrente de la naturaleza material y de la naturaleza humana, han estudiado y consignado siempre las relaciones que existian entre una y otra, se han contemplado y escrutado siempre á sí mismos, han bajado al fondo de su conciencia, de su alma, hasta de sus órganos, de todo ese admirable conjunto de instintos, de necesidades, de sentimientos, de pasiones, de ideas, de aspiraciones, de ensueños, conjunto que tal cual es y continúa siendo, es obra de Dios, por mas que se haga ó se diga en contra, y encima del cual no es dado colocarse sino inmolando, aniquilando una de las combinaciones del Criador. Luego, despues de haberse leal-

mente interrogado y haberse contestado lealmente, despues de hallarse convencidos de que se conocian suficientemente, de que eran á la vez, como organismo, como necesidades, semejantes, y como inteligencia y destino superiores á los demás hombres que les rodeaban, se han impuesto á estos hombres por el estudio, por la voluntad, por la abnegacion, por la perseverancia, por la palabra, por el ideal, por la fuerza; ora haciendo descender y doblegarse su concepcion hasta los instintos y las necesidades de la humanidad media, ora esforzándose en realzarla hasta las miras de su ingenio particular y en arrastrarla con ellos mas allá del presente, repitiéndoles sin cesar: «Dios me ha hablado, un ángel me ha hablado, y hed aquí lo que me ha ordenado y hed aquí lo que es fuerza que hagais por órden de Dios.»

Pero nunca, sea lo que fuere lo que dijesen ó emprendiesen dichos hombres, nunca se descuidaban de atender á las necesidades naturales y sociales del grupo que tenian que dirigir; tenian en cuenta el país, el clima, las producciones particulares del terreno, las indicaciones fisiológicas de sus pueblos, las costumbres que hasta entonces los rigieran y hasta las pasiones que nadie puede jactarse de destruir en un dia en el corazon del hombre, porque estas pasiones son necesarias, indispensables á los proyectos de Dios, y entran sin duda, como los vientos y las tempestades, sobre los que nada podemos, en el plan y mecanismo de su obra.

Dios estaba, en efecto, con estos hombres, señor,

como está y estará siempre con aquellos, hasta con los mas oscuros, que querrán darse la pena de buscarlo con paciencia, de sentirlo y de admirarlo en ellos cómo en todo lo que es, de amarlo sinceramente, con ó sin fórmulas consagradas, como dice el mismo San Agustin: «El hombre que, apoyado en la fé, la esperanza y la caridad, permanece firmemente unido á estas virtudes, no necesita de las Santas Escrituras, sino para instruir á los otros. Así muchos cristianos viven en la soledad sin preocuparse de las autoridades sagradas y guiados simplemente por las virtudes que acabamos de nombrar.»

Estos hombres prueban el amor que tienen á Dios por el bien que procuran hacer, bajo cualquier forma, á esa pobre humanidad que es su hija, y á la cual encarga evidentemente á ciertos espíritus superiores el hacer que haga de vez en cuando una etapa mas.

Porque á medida que la tierra se extiende y el universo se ensancha ante ella, esta humanidad contrae nuevas necesidades materiales, intelectuales, sociales, á que el génio de sus legisladores sucesivos debe responder, y las que si se ven largo tiempo sofocadas y comprimidas, producen de repente, para probarse y satisfacerse, sacudimientos, rebeliones, trastornos.

Gritase entonces, ó al menos algunos gritan con terror, que el espíritu de Dios se obscurece.

No hay tal; es que el espíritu del hombre se aclara y disipa sombras.

A cada paso que da la humanidad en el conocimiento de las cosas positivas que le han estado veladas tan largo tiempo, la idea del Dios que creó estas cosas cuyo descubrimiento le deslumbra, se engrandece forzosamente con ella.

Cuando Colon descubrió un mundo, cuando Herschell descubre un astro, otro tanto se acrecienta Dios.

En este orden, cada nueva prueba que da de fecundidad, de potencia, de armonía, le engrandece en el espíritu, en la admiración, en la gratitud de la criatura, y por mi parte creo á la ciencia llamada á descubrirnos un Dios muchísimo mas grande que el de la leyenda y hasta el de la fé.

De consiguiente, no hay fórmula que encierre una idea civilizadora que no deba prestarse al desarrollo de esta idea; si quiere contraerlo y retenerlo en su texto estrecho y suficiente poco há, estalla y la idea se desparrama entonces como un torrente.

¿Cómo admitir, señor, que un Dios que no nos da sino lenta y paulatinamente la medida y la explicación de las cosas materiales, visibles y palpables del dominio de nuestros sentidos, nos habria dado una vez por todas el conocimiento y la posesión de su sér invisible y de su última voluntad?

Vos, ministro de la religion católica, vos estais convencido, seguro, de que vuestra Iglesia contiene el Dios integral; las otras iglesias tienen la misma convicción y la misma certeza.

¿Quién tiene razon?

Todas y ninguna.

El Dios que nosotros nos figuramos, nosotros á quienes llamais herejes, es asaz grande para que los pueblos lo dividan, lo fraccionen y adapten momentáneamente lo que de él pueden á sus necesidades y á su ideal pasajero.

No viéndolo todos desde el mismo punto, no ven todos la misma fase y cada cual cree que la que entrevé es la sola y verdadera.

El Dios de Abraham se engrandece en el Dios de Moisés, el Dios de Moisés en el Dios de Jesús; mas ¿quién osará decir, sin ceguedad y sin fanatismo, que el Dios integral, infinito, está contenido en uno de esos desarrollos humanos, y que los millones de años, de siglos que tal vez debe durar el mundo, se desvanecerán sin que haya habido en ello cambio alguno?

Aunque Moisés declare que vió á Dios frente á frente en el Sinaí, aunque el catolicismo afirme que Jesús es el hijo de Dios y Dios mismo, Dios no se detendrá ahí, podeis creerlo; muchas cosas tiene que revelarnos aun antes de que llegemos á conocerle perfectamente, y llegaremos, de seguro, por mas dudas que sobre el particular emitan los filósofos modernos.

La humanidad no tiene mas cosa que hacer en el mundo sino encontrar á su Dios verdadero, es decir, su razon de ser, el *por qué es*, el *á dónde va*, sus orígenes y sus fines.

No intentéis, pues, atajarle las vías por las que cree llegar á su meta, aun cuando se hallen absolutamente separadas de las vuestras.

Hasta ahí, lo cierto es que el Sinaí y el Calvario son las dos cumbres mas elevadas desde donde el hombre ha entrevisto al Dios moral; que ningun espíritu ha pensado tan cerca de un Dios como el de Moisés; que ningun corazon ha latido tambien tan cerca de un Dios como el de Jesús, y que en el Decálogo y el Sermon de la montaña el alma humana, sean cuales fuesen las formas de las sociedades, beberá y deberá beber para siempre la verdad moral.

Pero cuando Jesús bajó á la tierra no vino á cambiar, como él mismo dice, ni una jota á la ley de Moisés.

Mantiénela absolutamente, la encarna en él y da á los hombres la prueba de que el ideal es realizable por sus esfuerzos y con los medios humanos, puesto que teniendo la forma humana, llega un momento en que puede decir: «Os desafío á que me encontréis en pecado,» ó de otro modo: «cumplo á la letra la ley de Moisés y la voluntad de mi padre, soy la prueba visible de que esta gran moral puede practicarse en la tierra; soy el Decálogo viviente.»

No habrá hombre sensato que niegue, que conteste la grandeza de esta moral, los gozos y triunfos que da á los que la practican, aunque sea imperfectamente, como conviene á nuestra flaqueza, y todos, desde el sacerdote en su iglesia, de cualquiera confesion que sea, hasta el legislador en su parlamento, sea cual fuere su forma política, hasta el simple ciudadano en la familia, rico ó pobre, noble ó pechero, todos sabemos que induciéndolos lo mas posible á la práctica de esta moral elevaremos,

ensancharemos y fortificaremos las almas, los destinos y las conciencias de que estamos encargados en este mundo.

Pero, señor abate, esto no pasa de ser un ideal propuesto á los hombres, el que solo pueden alcanzar aislada, escepcionalmente, algunos privilegiados, y lo mas á menudo, con lo que la Iglesia llama el auxilio de la gracia.

No hay nacion, ni sociedad, ni familia, por poco numerosa que sea, dó cada cual pueda pretender á él, y atenta la marcha que siguen las cosas, muchos siglos trascurrirán quizá, antes de que la humanidad emprenda la ruta que á tal ideal puede conducir.

Hasta creo que durante un período, que no podría calcularse, las colectividades humanas tenderán mas bien á alejarse que á aproximarse al mismo.

Bien lo sabian los que lo han revelado, Moisés y Jesús.

Así, pues, junto á esta perfeccion en la que saben que los hombres encontrarán la ventura y la salvacion, han debido prever las imperfecciones de la humanidad; han establecido leyes secundarias, con las cuales la gran ley hubiera parecido demasiado impracticable.

Estas leyes son las que los legisladores, puramente políticos, y sin perder de vista el alta concepcion de Moisés y de Jesús, han sentado, ante todo, en sus códigos para el funcionamiento posible de las sociedades que debian dirigir, y á las cuales han añadido las que el desarrollo de estas sociedades hacia sucesivamente necesarias.

20423

Si leemos el Código civil y el Código criminal despues del Levítico y del Evangelio, encontraremos á cada instante las previsiones de Moisés y de Jesús, desde la multa impuesta á los que venden con pesos faltos, hasta la muerte infligida al que mata.

Pues bien, señor; despues de haber establecido estos mandamientos admirables: «No serás lujurioso ni de hecho, ni de intencion; no desearás la posesion de un sexo diferente del tuyo; sino por el matrimonio,» Moisés (que de lo contrario hubiera sido un soñador desprovisto del génio práctico indispensable á los grandes guías de hombres), Moisés se vió obligado á prever el caso en que una de las dos partes contratantes contravendria á los mandamientos. Por ello, pues, bajando del Sinaí con las tablas de la ley, en las que el mismo Dios habia escrito: «No matarás,» Moisés hacia *entre-matarse* á aquellos á quienes llevaba estas leyes porque habian aprovechado su ausencia para adorar el becerro de oro.

Estos grandes legisladores sientan, pues, una primera ley divina, ley cuyo cumplimiento contiene la verdad, y por consiguiente la dicha; y luego sientan una segunda ley, ley humana, apropiada á la vez al error inevitable y á la justicia relativa.

Por ello, en los primeros Concilios, los Padres encargados de promulgar leyes á la vez que propagar la moral divina, están ora en pró del matrimonio de los sacerdotes, por ejemplo, ora en contra; ya en pró de la indisolubilidad, ya en pró del divorcio, y en definitiva en favor de todas las transacciones y hasta de todas las sutilezas que pueden poner

casi de acuerdo las ordenanzas de arriba y las necesidades de abajo.

En cuanto á vos, señor abate, acusais pura y simplemente al divorcio de todos los desórdenes y de todas las corrupciones de las sociedades modernas, despues de haberle atribuido hasta la caida de la Grecia y la del imperio romano, aun cuando haceis constar que existió durante quinientos años en Roma, sin que se presentara un solo caso; lo cual daria á esos gentiles una notabilísima superioridad de costumbres sobre las sociedades judía y cristiana donde no ha cesado de ser puesto en práctica, ora acá, ora acullá, como á probarlo vamos.

Despues de haber trazado esta pintura, que no discutiré, primero porque me llevaria demasiado lejos, y luego porque solo me incumbe poner de relieve las contradicciones, sobre esta materia, de la Iglesia católica y de los argumentos que os suministra esta, llegais á vuestro capítulo v, página 72, intitulado:

REGENERACION DE LA FAMILIA Y DE LA SOCIEDAD PAGANAS POR EL PRINCIPIO CRISTIANO, Ó LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO.

RECONSTITUCION DE LA FAMILIA Y DE LA SOCIEDAD POR JESUCRISTO. SUPRESION GRADUAL DEL DIVORCIO POR LOS PRIMEROS EMPERADORES CRISTIANOS Y ADHESION CONSTANTE DE LA IGLESIA AL PRINCIPIO DE INDISOLUBILIDAD. LA IGLESIA REMEDIA POR LA SEPARACION LOS INCONVENIENTES DE LA COHABITACION. INFLUENCIA DE LA DISCIPLINA SOBRE LA CIVILIZACION MODERNA.

Y decís: «Fieles intérpretes de la Ley de su Maestro, y encargados de velar por el cumplimiento de sus preceptos, los Apóstoles obtuvieron fácilmente, de parte de los cristianos, una sumision entera á la ley de la indisolubilidad del matrimonio.»

Detengámonos un momento.

San Pablo, el apóstol por excelencia, el que verdaderamente ha fundado la Iglesia, empieza no admitiendo el matrimonio sino como remedio; no lo tiene por santo, tiénelo únicamente por necesario en ciertos casos.

Por lo que hace á las cosas sobre que me escribisteis, bueno seria á un hombre no tocar mujer.

Mas por evitar la fornicacion, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido.

Mas esto digo por indulgencia, no por mandamiento.

Y tiene razon, porque él mandamiento no hubiera sido de fácil ejecucion.

Porque quiero que todos vosotros seais tales, como yo mismo; mas cada uno tiene de Dios su propio don, el uno de una manera y el otro de otra.

Digo tambien á los solteros y á las viudas: que les es bueno si permanecen así, como tambien yo.

Y mas adelante:

Y si el infiel (en materia de fé) se separare, sepárese; porque el hermano ó la hermana no está sujeto á servidumbre en tales casos.»

De consiguiente, San Pablo, que vino para con-

firmar la ley de Jesús, como Jesús viniera para confirmar la ley de Moisés, no diciendo en parte alguna que quiere abrogar la ley sobre el divorcio mantenida por Jesús en caso de adulterio, añade este nuevo caso de divorcio que: siendo uno de los cónyuges infiel, si se separa del otro, éste no está ya ligado, vuelve á entrar en posesion de su libertad y puede casarse de nuevo.

Y la prueba es que Santa Tecla, una de las discípulas de San Pablo, en vida de este santo, y por consiguiente con su consentimiento, repudió á su marido que vivia de una manera demasiado disoluta para que ella pudiera practicar la religion, y contrajo nuevas nupcias; y en el siglo iv de nuestra era, Fabiola, gran dama romana, llamada *laus christianorum et miracula gentium*, divorcióse de su marido por adulterio y otras inmoralidades, y tomó un segundo esposo.

San Pablo no está presente para absolverla, pero San Jerónimo sí, y aun cuando sea hostil al divorcio, escusa el de Fabiola á causa de su juventud, porque vale mas, segun el Apóstol, casarse que abrazarse, y porque la ley de los miembros habia combatido en ella la ley del espíritu. San Jerónimo (*Vida de Santa Fabiola*) añade que, entre los cristianos, si un marido puede repudiar á su mujer, una mujer puede separarse de su marido por el mismo crimen. En condiciones iguales, la obligacion es igual.

Ya lo veis, señor abate, siempre el mismo principio; lo absoluto arriba, lo relativo abajo. Lo que